

Comunismo y cuestión social en Costa Rica: los discursos del personal diplomático estadounidense (1931-1948)

Por Iván MOLINA JIMÉNEZ*

EL 22 DE ABRIL DE 1948, en plena Guerra Fría y en vísperas de que los principales líderes del Partido Comunista de Costa Rica fueran encarcelados o expulsados tras la terminación del conflicto armado iniciado el 12 de marzo anterior y encabezado por José Figueres, el embajador estadounidense en San José, Nathaniel P. Davies, afirmó en un informe confidencial que

en todas mis muchas conversaciones con [Manuel] Mora [el secretario general de esa organización], tanto en reuniones del comité de conciliación como en privado, me ha impresionado como el ponderado e inteligente líder de un partido dedicado a un progresista e inobjetable programa de legislación social. En sus maniobras políticas en apoyo de este programa, por otro lado, él parece partir de que el fin justifica los medios y usa todas las técnicas bien conocidas del comunismo internacional.¹

La opinión de Davis, expresada antes de que la cruzada anticomunista en Estados Unidos se agudizara,² era parte de los discursos que desde inicios de la década de 1930 empezó a elaborar el personal diplomático destacado en San José. La principal variación que experimentaron los diplomáticos estadounidenses consistió en que transitaron de una oposición a la izquierda de línea dura a una apertura progresiva, que fue favorecida, en lo externo, por las políticas de "New deal" de la administración Roosevelt y por la alianza entre Washington y Moscú durante la Segunda Guerra Mundial; y en lo interno, por una valoración más precisa de la cuestión social en Costa Rica y, en particular, de la repercusión que tuvo la crisis económica que estalló en 1929.

* Profesor en la Escuela de Historia e investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas de la Universidad de Costa Rica; e-mail ivanmj@cariari.ucr.ac.cr>.

¹ United States National Archives. Decimal Files (en adelante, USNADF), 818 00/3-2348 (22 de abril de 1948), p. 2. La traducción en éste y los demás casos es mía.

² Un excelente análisis del anticomunismo en Estados Unidos en el periodo 1920-1950 se encuentra en Ellen Schrecker, *Many are the crimes: McCarthyism in America*, Boston, Little, Brown and Company 1998, pp. 42-153.

El propósito de este artículo es examinar cómo se configuraron esos discursos, cuyos tres ejes principales fueron: la preocupación por la influencia foránea, y específicamente judía, en el origen del comunismo costarricense; la creencia de que el peso de los pequeños y medianos propietarios en la Costa Rica de 1930 suponía un límite decisivo que impediría la expansión de la izquierda; y el descubrimiento de una cuestión social que, aunque agravada por la crisis del capitalismo mundial, podía ser enfrentada por vías legales e institucionales. La fuente básica utilizada es, por supuesto, la propia correspondencia diplomática.

El contexto de la política costarricense y los vínculos entre Costa Rica y Estados Unidos son considerados en la presente investigación cada vez que se justifica; sin embargo, el énfasis no se pone en los conflictos y alianzas entre los partidos o las elecciones (temas ya tratados ampliamente),³ sino en reconstruir los discursos elaborados por el personal diplomático sobre el comunismo y la cuestión social, así como en explorar en qué grado el enfoque de los funcionarios estadounidenses fue influido por la cultura oficial y la opinión pública. El uso dado a las fuentes, a raíz del énfasis indicado, contrasta con el de otros académicos que consultaron extensamente esa misma documentación para examinar las relaciones entre Washington y San José en la década de 1940.⁴

1. Comunismo e inmigración judía

LA preocupación del personal estadounidense por la presencia y expansión comunista en Costa Rica se adelantó varios meses a la fundación de una organización de tal índole. El 20 de febrero de 1931, el

³ Para un balance reciente de la bibliografía sobre la década de 1940, véase David Díaz, *Reforma sin alianza, discursos transformados, interés electoral, triunfos dudosos la nueva interpretación histórica de la década de 1940*, San José, Universidad de Costa Rica, 2003.

⁴ Jacobo Chiffter, *Costa Rica 1948. análisis de documentos confidenciales del Departamento de Estado*. San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1982; del mismo autor, *Las alianzas conflictivas. las relaciones de Costa Rica y Estados Unidos de la Segunda Guerra Mundial a los inicios de la guerra civil*. San José, Asociación Libro Libre, 1986; Fabrice Lehoucq, *The origins of democracy in Costa Rica in comparative perspective*, tesis de doctorado, Durham, Duke University, 1992, y Kyle Longley, *The sparrow and the hawk. Costa Rica and the United States during the rise of José Figueres*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, 1997. La única excepción es el breve estudio de Thomas L. Leonard, "Costa Rica the U.S. perception of the Church and communism, 1931-1948", en Jeffrey A. Cole, ed., *The Church and society in Latin America*, Tulane, Center for Latin American Studies, 1984, pp. 307-320.

ministro Charles C. Eberhardt (1930-1933)⁵ vinculó ciertos disturbios provocados por trabajadores desocupados en San José con la inmigración de judíos polacos, dedicados al comercio en pequeña escala, quienes eran, según la prensa, “defensores y predicadores del comunismo”.⁶ Tras una cuidadosa investigación, el que la policía reconociera que no había localizado indicios de sus tendencias de izquierda no evitó que el 26 de febrero, luego de admitir que no existía “prueba de actividades de agentes del comunismo” en el país, el diplomático comunicara a sus superiores:

sólo muy pocos del limitado número de desempleados —a excepción de los holgazanes y agitadores profesionales— parecen hasta ahora haber demostrado más que un interés pasajero en alguna doctrina comunista [...] No obstante, las evidencias indican que Costa Rica está incluida en la lista de países latinoamericanos que pueden esperar una actividad creciente en esa dirección.⁷

El 11 de abril de 1931, sin embargo, Eberhardt tranquilizó a sus superiores en Washington al informar que las autoridades costarricenses pondrían en marcha un plan para expulsar progresivamente al “total de 200 [polacos] hombres y mujeres (más o menos) que, según se dice, forman el partido”.⁸ El 7 de agosto el ministro, en un informe elaborado tras una conversación con el secretario de Seguridad Pública, volvió a vincular a los judíos con el comunismo.⁹ La insistencia en este sentido es visible de nuevo en un documento del 5 de febrero de 1932, en el cual el diplomático citó varios artículos periodísticos que acusaban a los inmigrantes por extender esa ideología.

El *Diario de Costa Rica*, que en las décadas de 1930 y 1940 se destacó por un profundo antisemitismo (posición que expresaba la de su director y dueño, Otilio Ulate),¹⁰ afirmó el 5 de febrero que, pese a todos los datos en contra, algunos de los judíos eran indiscutiblemente “activos agentes comunistas”, con lo cual descalificó la opinión del gobernador de la provincia de San José, publicada por ese mismo perío-

⁵ La legación estadounidense fue convertida en embajada en 1943, Schifter, *Costa Rica 1948* [n 4], p. 108.

⁶ USNA DF, 818 00B/5 (20 de febrero de 1931), p. 3.

⁷ USNA DF, 818 00B/6 (26 de febrero de 1931), p. 1.

⁸ USNA DF, 818.00B/11 (11 de abril de 1931), pp. 1-2.

⁹ USNA DF, 818 00B/25 (7 de agosto de 1931), p. 2.

¹⁰ Schifter, *Costa Rica 1948* [n 4], pp. 90-91 y 12-128, del mismo autor, *Las alianzas conflictivas* [n 4], pp. 66-69 y 204-208, Jacobo Schifter, Lowell Gudmundson y Mario Solera, *El judío en Costa Rica*, San José, Universidad Estatal a Distancia, 1979, pp. 163 y 172-176.

dico dos días antes, en cuanto a que no existía evidencia de una conexión entre la propaganda de izquierda y los polacos. La impugnación a esta última declaración fue recuperada por Eberhardt, quien acotó que tal funcionario y el secretario de Seguridad estaban muy endeudados y para mejorar sus finanzas permitían la estadía de los “indeseables” en suelo costarricense.¹¹

La falta de un esfuerzo “honesto y serio para terminar completamente con el comunismo incipiente que existe aquí” fue deplorada por Eberhardt, a la vez que expresaba su deseo de que no fuese “necesaria una lección tan amarga como la de El Salvador”. La comparación con lo ocurrido en ese país, donde el levantamiento popular iniciado el 22 de enero de 1932 fue sofocado a sangre y fuego por los militares,¹² fue un expediente al que también apeló el *Diario de Costa Rica*, según el cual, en el caso salvadoreño participaron agitadores polacos vinculados con Rusia, dato que el ministro agregó en su informe del 5 de febrero.¹³

La supuesta corrupción del gobernador y del secretario no fue suficiente, por supuesto, para que Eberhardt desistiera de asociar a los inmigrantes con el comunismo. El 30 de marzo de 1932, señaló que, en el campo, los polacos expedían, como parte de sus actividades mercantiles, recibos con citas en español de Marx y Lenin.¹⁴ El 25 de noviembre las sospechas del diplomático lo condujeron a plantear que, aunque se tenía a Manuel Mora como el dirigente del Partido Comunista de Costa Rica, se consideraba que su director activo era el comerciante de origen judío Enrique Yankelewitz, quien vivía en el país desde 1922 y, en tanto dueño de un importante almacén, era uno de los principales empleadores de los buhoneros foráneos.¹⁵

La falta de evidencia que apoyara su reclamo, lejos de variar la opinión de Eberhardt, la consolidó: en un documento fechado el primero de junio, casi diez días después de un choque entre policías y desocupados ocurrido en San José el 22 de mayo de 1933,¹⁶ acusó

¹¹ USNAF, 818 00B/31 (5 de febrero de 1932), pp. 4-8.

¹² Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1996, pp. 323-347

¹³ USNAF, 818.00B/31 (5 de febrero de 1932), pp. 6 y 8.

¹⁴ USNAF, 818.00B/32 (30 de marzo de 1932), p. 3

¹⁵ USNAF, 818 00B/45 (25 de noviembre de 1932), p. 3. sobre Yankelewitz y el sistema de venta a crédito, véase Schifter, Gudmundson y Solera, *El judío en Costa Rica* [n 10], pp. 148-158

¹⁶ El enfrentamiento se examina en Vladimir de la Cruz, “El primer congreso del Partido Comunista de Costa Rica”, *Estudios Sociales Centroamericanos* (San José), núm. 27 (septiembre-diciembre de 1980), p. 50

—una vez más— a los polacos de aprovechar el comercio al detalle para efectuar propaganda, al tiempo que declaraba:

a pesar de un bien definido intento por responsabilizar [por las tendencias y actividades comunistas en Costa Rica] únicamente a estudiantes impecuosos y cabezas calientes, a trabajadores disgustados y a los desempleados, aún mantengo la opinión de que uno de los factores de más amplio alcance, la más siniestra y peligrosa influencia en toda la cuestión y una que realmente ha estado en el fondo de esos disturbios y actividades, ha sido el creciente número de judíos polacos.¹⁷

Lo expuesto con tanta firmeza por Eberhardt sorprende porque desde 1930 la prensa empezó a identificar organizaciones, personas y procesos de indudable origen costarricense, vinculados con el comunismo. La Unión General de Trabajadores (UGT), en agosto de ese año, se adhirió a la Internacional Sindical Roja, con sede en Moscú, y en noviembre conmemoró el décimo tercer aniversario de la revolución bolchevique. El conflicto en tomo a la elección de los delegados al Primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes, a efectuarse en México, provocó a su vez que, a inicios de enero de 1931, Manuel Mora declarara al periódico *La Tribuna* que en la Escuela de Derecho varios alumnos, incluido él, sustentaban idea comunistas y que se esforzarían por arraigarlas en el país.¹⁸

El énfasis en la dirección equivocada, la amenaza representada por los extranjeros y, en especial, por los judíos (evidente ya en el informe de Eberhardt del 20 de febrero),¹⁹ hizo más dramático lo ocurrido el 15 de mayo de 1931 cuando varios alumnos de la Escuela de Derecho asistieron a una reunión del Republicano Nacional, celebrada en el Teatro Raventós y, desde un palco, lanzaron a los presentes volantes entintados con la frase “Viva el Partido Comunista”. El escándalo que esto provocó demostró, decisivamente, que el peligro rojo, en vez de ser algo vago, distante y de origen foráneo, se encontraba ya en San José, encarnado en jóvenes costarricenses, quienes fundaron el Partido Comunista en junio de 1931.

¹⁷ USNAF, 818 00/1419 (1º de junio de 1933), pp. 1-2.

¹⁸ Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista de Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1984, p. 117, y Vladimir de la Cruz, *Las luchas sociales en Costa Rica 1870-1930*, San José, Universidad de Costa Rica/Editorial Costa Rica, 1980, p. 239.

¹⁹ USNAF [n. 6].

La subvaloración de los eventos precedentes podría ser justificada por tratarse de episodios ocurridos en una etapa muy inicial del comunismo en el país; pero cómo explicar que todavía en junio de 1933 Eberhardt enfatizara que los judíos constituían la amenaza de fondo. Esta afirmación era ya insostenible en una época en que la agrupación encabezada por Mora, tras superar un temprano intento de ilegalización, venía de competir en los comicios municipales de diciembre de 1932 y de obtener dos plazas en el estratégico concejo de San José (capital del país). El Partido, por entonces llamado Bloque de Obreros y Campesinos (BOC), era especialmente visible, además, por su periódico *Trabajo*, el cual circulaba ya semanalmente.²⁰

El fracaso del ministro en identificar a los verdaderos comunistas puede explicarse por factores personales, políticos y culturales. Los primeros eran producto, al parecer, de un doble prejuicio: el antisemitismo y el sesgo generacional. El primero era evidente en varias expresiones poco diplomáticas con que Eberhardt solía referirse a los polacos, mientras que el segundo se explica si consideramos que el diplomático estadounidense nacido en 1871 tenía casi sesenta años cuando asumió el cargo en San José. En tales circunstancias, quizá supuso inverosímil que el peligro rojo en el país se redujera a un pequeño círculo de estudiantes “impetuosos”, cuyas edades oscilaban entre los veinte y los veinticinco años. La juventud de la dirigencia del BOC se prestaba para especulaciones como la de que su verdadero gestor era el comerciante judío Enrique Yankelewitz.

Los factores políticos se vinculaban a tres procesos distintos. El primero es la expansión comunista en Centroamérica, que en la década de 1920 tuvo entre sus bases la propaganda enviada por la Comintern y las actividades a cargo de agentes foráneos, especialmente mexicanos, cuyo quehacer fue clave en los casos de Guatemala y El Salvador;²¹ el segundo, la tendencia de algunos sectores judíos asentados en el este de Europa a identificarse con el socialismo y el comunismo;²² y el tercero, el creciente antisemitismo en Estados Unidos, que condujo a aprobar disposiciones migratorias más restrictivas en ese país (una

²⁰ Iván Molina Jiménez, “Los primeros años de *Trabajo*, el periódico del Partido Comunista de Costa Rica (1931-1935)”, *Annis. Revue de Civilisation Contemporaine* (Brest), núm. 4 (2004), pp. 137-150.

²¹ Rodolfo Cerdas, *La hoz y el machete: la Internacional Comunista, América Latina y la revolución en Centroamérica*, San José, Universidad Estatal a Distancia, 1986, pp. 183-185, 255, 264-266 y 273-284; Erik Ching, “In search of the Party: the Communist Party, the Comintern, and the peasant rebellion of 1932, in El Salvador”, *The Americas* (Washington), vol. 55, núm. 2 (octubre de 1998), pp. 210-217.

²² Schifter, Gudmundson y Solera, *El judío en Costa Rica* [n. 10], pp. 107-113.

de las principales razones que explica el creciente ingreso de polacos a Costa Rica).²³ La posición de Eberhardt sobre tales inmigrantes fue configurada, sin duda, a partir de este triple contexto.

La principal variable cultural que influyó en el ministro fue, a su vez, un nacionalismo configurado desde finales del siglo XIX, el cual fue hecho propio con éxito por los sectores populares urbanos y rurales. El componente étnico de esta identidad, que enfatizaba que los costarricenses constituían una raza “blanca” y sana —en términos eugenésicos—, excluía a los “otros”, ya se tratara de indígenas, afrocaribeños, chinos o judíos.²⁴ La visión del país como un organismo social saludable pero en peligro de contaminación debido a agentes externos, fomentó el racismo y la xenofobia, agravados a medida que la crisis de 1930 se profundizaba.

La certidumbre de que el comunismo únicamente podía extenderse en Costa Rica como resultado del afán de fuerzas foráneas —imagen a tono con el discurso oficial sobre la pureza de la “raza” costarricense siempre amenazada por el contacto con etnias diferentes y extrañas— parecía confirmarse por la inmigración judía, cuyo creciente flujo, producto de la pobreza y el antisemitismo en Europa oriental y especialmente en Polonia, coincidió con la fundación del Partido Comunista. El ingreso de polacos, que ascendió a 30 personas entre 1917 y 1929, se elevó a 443 individuos entre 1930 y 1936.²⁵

La venta ambulante de mercadería a crédito iniciada por los polacos supuso un desafío para los comerciantes locales, en especial para los asentados en el universo rural, cuya respuesta, en el contexto de la crisis económica de 1930, fue acusarlos de bolcheviques para exigir su expulsión. Leo R. Sack (1933-1937), que sustituyó como ministro a Eberhardt, pronto demostró que, aunque podía compartir algunas de las preocupaciones de su predecesor, tenía una posición distinta. El 23 de octubre de 1934 señaló en un informe que la prensa insistía en vincular a los inmigrantes con la expansión del comunismo, y aceptó que era factible que algunos se ocuparan en difundir propaganda de izquierda; pero indicó, a la vez, que existían intereses de por medio en las denuncias planteadas por los comerciantes locales y la Liga Anticomunista (organización fundada en septiembre de ese año, tras el ini-

²³ Leonard Dinnerstein *Antisemitism in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 58-127; Schifter, Gudmundson y Solera, *El judío en Costa Rica* [n. 10], pp. 81-87.

²⁴ Steven Palmer, “Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920”, *Mesoamérica* (South Woodstock, Estados Unidos/La Antigua, Guatemala), vol. 17, núm. 31 (junio de 1996), pp. 99-121.

²⁵ Schifter, Gudmundson y Solera, *El judío en Costa Rica* [n. 10], pp. 91-100.

cio, en agosto, de la huelga bananera que movilizó a miles de trabajadores contra la United Fruit Company).²⁶

La queja de Sack contra los comerciantes era curiosamente—similar a lo que, desde 1933, planteaba el periódico *Trabajo*.²⁷ El Partido Comunista, tras enfatizar que no tenía relación alguna con los polacos, fue la única organización que se opuso a su persecución y a los intentos de expulsarlos o de impedir su ingreso. La posición del BOC en cuanto a los judíos fue similar a la que asumió en el caso de los inmigrantes afrocaribeños: pronunciarse en contra de toda discriminación étnica y denunciar a sus promotores como nazis y fascistas, con lo cual empezó a impugnar una de las bases culturales de la identidad costarricense.

Aunque la izquierda tuvo algunos roces con los polacos en 1938 y 1943,²⁸ volvió a defenderlos al iniciarse en 1946 una nueva campaña contra los inmigrantes encabezada por el *Diario de Costa Rica*. La participación de Otilio Ulate en tal cruzada colocó a la embajada de Estados Unidos en una situación difícil en esa época al evidenciar su desinterés en el antisemitismo local, visible en su creciente apoyo a ese periódico y a su director, que se perfilaba como el dirigente de la oposición al gobierno de Teodoro Picado (1944-1948). El embajador Hallett C. Johnson (1944-1947), de cara a la presión del World Jewish Congress (cuya posición en Washington estaba en vías de fortalecerse), procedió con vacilación. El comentario que hizo en cuanto a que la defensa de los judíos en las páginas de *Trabajo*, en vez de ayudarlos los perjudicaría al vincularlos con el comunismo,²⁹ era sin duda un eco tardío del discurso que prevaleció en la legación estadounidense al empezar la década de 1930.

2. Un país de propietarios agrícolas

EL prejuicio de que la expansión del comunismo tenía que ser —por fuerza— obra de agentes extranjeros, que tanto alimentó las denuncias contra los judíos, partía de una particular concepción sobre la estructura social costarricense. El 20 de febrero de 1931 Eberhardt señalaba ya que “un país agrícola, tal como Costa Rica, parece ofrecer un terre-

USNADE, 818.00Br80 (23 octubre de 1934), p. 2 Sobre la huelga, véase Emel Sibaja, *Ideología y protesta popular la huelga bananera de 1934 en Costa Rica*, tesis de Licenciatura en Historia, Heredia, Universidad Nacional, 1983

²⁷ *Trabajo* (San José), 27-viii-33, p. 4, *ibid.*, 5-xi-33, p. 3, *ibid.*, 14-x-34, p. 3

²⁸ *Trabajo* (San José), 19 de noviembre de 1938, p. 1, *ibid.*, 20 de febrero de 1943, p. 3

²⁹ Schifter, *Costa Rica 1948* [n. 4], pp. 126-129, del mismo autor, *Las alianzas conflictivas* [n. 4], pp. 204-207, Schifter, Gudmundson y Solera, *El judío en Costa Rica* [n. 10], pp. 172-175

no mucho menos fértil y/o atractivo para la diseminación de una doctrina tal que el que podría ser encontrado en centros de población industriales o manufactureros",³⁰ En marzo de 1932, el ministro insistía:

la palabra "comunismo" [..] es ahora frecuentemente escuchada, aunque dudo que esta república sea un terreno fértil para la propaganda y las actividades engomadas en Moscú como son la mayoría de los otros países latinoamericanos. Como el Departamento [de Estado] conoce, Costa Rica es esencialmente un país de pequeños propietarios territoriales.³¹

El primero de junio de 1932, luego del choque entre policías y desempleados que se verificó el 28 de mayo, el diplomático estadounidense informó que pese a que tal conflicto "causó considerable consternación por su novedad", todavía creía que "el comunismo supone poco peligro real para Costa Rica".³² Leo R. Sack pronto demostró un punto de vista más crítico sobre la visión oficial de la sociedad costarricense. El nuevo ministro, tras el éxito del BOC en los comicios de febrero de 1934 (en los cuales esa organización obtuvo varias plazas en las principales municipalidades del país y dos asientos en el Congreso), manifestó con cierta ominosa ironía:

el costarricense promedio es inclinado a no tomarse en serio la amenaza del comunismo, como algo que está definitivamente fuera de lugar en su fértil y democrática república, donde es supuesto que nadie padece hambre [..] pero unos pocos observadores políticos no creen que sea tan simple como eso. Apuntan al considerable número de votos obtenido por los comunistas en la ciudad de San José, tanto como en Heredia, Puntarenas y Limón, todos centros urbanos importantes, como signo de lo que puede ocurrir.³³

La confianza en que los pequeños propietarios rurales constituirían un freno decisivo para la expansión comunista declinó durante el periodo de Sack, pero volvió a adquirir fuerza con su sucesor, William H. Hornibrook (1937-1941). El alza en el caudal a favor del BOC en los comicios de febrero de 1938 (unos 6 000 sufragios más que los obtenidos en 1936) no preocupó al nuevo ministro, quien creía que tal aumento se explicaba porque dicho partido atrajo el apoyo de ciudadanos no comunistas pero sí a disgusto con el gobierno de León Cor-

³⁰ USNA DF, 818 00B/5 (20 de febrero de 1931), p. 4

³¹ USNA DF, 818 00B/32 (30 de marzo de 1932), p. 1

³² USNA DF, 818 00B/38 (1º de junio de 1932), p. 2. El enfrentamiento de esta fecha no debe confundirse con el del 22 de mayo de 1933. véase nota 16.

³³ USNA DF, 818 00/1447 (26 de febrero de 1934), p. 5

tés (1936-1940), por lo que su respaldo a la izquierda fue, esencialmente, un voto de protesta.³⁴

Parece que la explicación precedente satisfizo a los superiores de Hornibrook, ya que en un memorándum agregado a su informe sobre la elección, fechado en Washington el primero de marzo de 1938, un funcionario del Departamento de Estado, tras restarle importancia al incremento en la votación favorable a la izquierda, expresó, “siempre he creído que la amplia distribución de la tenencia de la tierra en Costa Rica supone un substancial obstáculo para cualquier serio desarrollo del comunismo en ese país”.³⁵

El grado en el cual Hornibrook creía en lo expresado en el memorándum se evidenció poco después cuando, tras conversar con el gerente del Banco de Seguros y con el embajador franquista en San José, demostró no compartir su alarma por la expansión de la izquierda en Costa Rica. El voc, según el primero, ampliaba sus filas cada mes con militantes procedentes de los trabajadores urbanos; y el segundo afirmaba que la “infección” comunista alcanzaba ya a las “clases agrarias”.³⁶ El diplomático español sostenía la tesis de que para enfrentar al comunismo en América Latina, Estados Unidos y Gran Bretaña debían invadir México, lo que sorprendió al funcionario estadounidense quien expresó al final de su informe:

los costarricenses bien informados, de elevada educación y políticamente juiciosos, no tienen graves temores de un gobierno comunista en esta capital. Se basan en el gran número de campesinos propietarios de tierras, en la necesidad de inversiones extranjeras adicionales para desarrollar sus recursos naturales, y en el conservadurismo natural de sus propios compatriotas como una barrera al éxito del movimiento.³⁷

La entrevista que Hornibrook tuvo en agosto de 1938 con el diputado y futuro candidato presidencial del Partido Republicano Nacional, Rafael Ángel Calderón Guardia, permite vislumbrar cómo la visión de ambos de la estructura social del país se reforzaba mutuamente. La opinión del ministro de que “las condiciones fundamentales [...] eran adversas para la expansión del comunismo” fue acogida con entusias-

³⁴ USNADE, 818 00/1567 (16 de febrero de 1938), p. 2.

³⁵ USNADE, 818 00.1567 (16 de febrero de 1938), s.p. El memorándum no está firmado.

³⁶ USNADE, 818.00/1568 (11 de mayo de 1938), p. 2, USNADE, 818 00/1569 (19 de mayo de 1938), p. 2.

³⁷ USNADE, 818.00/1569 (19 de mayo de 1938), p. 3. El vínculo del gobierno de Cortés con el franquismo se examina en Ángel María Ríos, *Costa Rica y la Guerra Civil española 1936-1939*, San José, Porvenir, 1997, pp 61-76.

mo por el político costarricense, quien coincidió en que, dada “su democracia de amplia base y sus numerosos pequeños propietarios, sería improbable” una victoria electoral de la izquierda en Costa Rica.³⁸

El juicio de Calderón Guardia era apoyado por dos procesos en curso: la conversión del Republicano Nacional, fundado por Ricardo Jiménez en 1931, en un partido mayoritario (en 1940, logró más de 80% de los sufragios), y el efecto que tuvo el voto obligatorio, aprobado tras la elección presidencial de 1936. El éxito logrado por el BOC en los comicios de diciembre de 1932 y de febrero de 1934 se basó en una baja asistencia a las urnas —alrededor de 40% de los ciudadanos inscritos—, la cual, al disminuir los cocientes, facilitaba la obtención de plazas municipales y diputadiles por parte de la izquierda.³⁹

La reforma de 1936, que sancionaba a los que no acudían a las urnas, elevó la participación y, por tanto, los cocientes (la asistencia se elevó de 41.9 a 68.1% entre 1934 y 1938).⁴⁰ El resultado de esto para el BOC fue que, aunque podía incrementar su caudal de votos —como ocurrió en febrero de 1938—, no necesariamente se adjudicaba más plazas. El límite que una dinámica electoral de este tipo supondría para el avance comunista fue conocido por el personal de la legación desde 1934, cuando la prensa costarricense empezó a discutir cómo favorecía el abstencionismo a la izquierda.⁴¹

La moderada preocupación del ministro tras los comicios de 1938 puede explicarse, por tanto, porque tenía claro que una votación creciente no suponía, por fuerza, que el BOC se adjudicara más puestos. El efecto tranquilizador de esta constatación era complementado por la visión oficial de la estructura social, a cuya luz la expansión del comunismo en el país parecía inverosímil. La fortaleza de tal concepción se derivaba de sus orígenes. La pobreza, según los liberales costarricenses de finales del siglo XIX, era un fenómeno circunscrito a la época colonial únicamente, ya que con la expansión cafetalera, la sociedad en su conjunto se había enriquecido.⁴²

³⁸ USNAF, 818.00/1571 (20 de agosto de 1938), p. 2

³⁹ Iván Molina Jiménez, capítulo 6, en *Demoperfectocracia la democracia pre-reformada en Costa Rica (1885-1948)*, Heredia, Universidad Nacional, 2006. La ley electoral de 1927 establecía que cuando hubiera uno o dos escaños en disputa la votación se definiría por mayoría relativa (ganaba el partido con más sufragios); pero si eran tres o más los asientos, se aplicaría el método proporcional, que consistía en dividir el total de votos entre las plazas en juego para obtener un cociente que sería utilizado para la adjudicación

⁴⁰ Gráfico 6.1. en *ibid.* Los comicios de 1934 y 1938 eran de medio periodo hasta 1948, el Congreso se renovaba por mitad cada dos años.

⁴¹ USNAF, 818.00/1447 (26 de febrero de 1934), p. 6.

⁴² Víctor Hugo Acuña e Iván Molina, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*, San José, Porvenir, 1991, pp. 21-47

La configuración de un discurso que ponía énfasis en el carácter propietario de la población y en los beneficios deparados por el café es visible en diversas fuentes, desde los testimonios dejados por los extranjeros que visitaron el país o los mensajes presidenciales, hasta otros textos publicados en la prensa de la época o como libros y folletos.⁴³ La ubicación de la pobreza en la Colonia, no en el presente, se completaba con la generalización a todo el país de una estructura social con predominio de los pequeños y medianos productores, existente sólo en ciertas áreas del Valle Central.

La visión expuesta, que legitimaba a la burguesía cafetalera, fue impugnada por el BOC, cuyo discurso sobre la cuestión social consideraba las diferencias geográficas (vastas estancias ganaderas en el Pacífico Norte y el imperio bananero de la United Fruit Company en el Caribe) y la repercusión de la crisis de 1930 sobre el campesinado. La versión liberal del pasado costarricense, cuya influencia es visible en los informes de Eberhardt y Hornibrook, respectivamente, encontró sus críticos principales no en el seno de la izquierda, sino en dos jóvenes intelectuales anticomunistas que destacarían en el futuro Partido Liberación Nacional (1951). La Costa Rica del siglo XVIII, según el enfoque que Carlos Monge y Rodrigo Facio dieron a conocer entre 1937 y 1942, era una sociedad sin clases (una “democracia rural”), que fue destruida por la codicia de los barones del café.⁴⁴

3. Cambio social por vías institucionales

LA valoración de los efectos sociales de la crisis se abrió espacio en los informes de Eberhardt a inicios de 1932: en febrero, el ministro expresó su temor de que las dificultades de la economía mundial afectasen al país, y que su orgullosa tradición de orden, conservadurismo y relativa igualdad fuera insuficiente para resistir la marea ascendente de desempleo, condiciones empresariales insatisfactorias y creciente agitación.⁴⁵ En marzo, el diplomático volvió a evidenciar su preocupación, todavía moderada, cuando indicó: “la última cosecha de café ha deparado resultados estimados en 40% por debajo de lo normal en lo que se refiere a compensación a los pequeños productores, y por esta

⁴³ Ricardo Fernández Guardia, ed., *Costa Rica en el siglo XIX antología de viajeros*, 4ª ed., San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1982, Víctor Hugo Acuña, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, *Revista de Historia* (San José), núm. 45 (enero-junio de 2002), pp. 191-228

⁴⁴ Acuña y Molina, *Historia económica y social de Costa Rica* [n. 42], pp. 21-47.

⁴⁵ USNADEF, 818.00B/31 (5 de febrero de 1932), p. 8

razón existe la posibilidad de dificultades inusuales para los más pobres.⁴⁶

El resto del año 1932, Eberhardt informó ampliamente a sus superiores de los esfuerzos —esporádicos y de alcance limitado— emprendidos por algunos sacerdotes y políticos para enfrentar el desempleo y el aumento en el costo de la vida. El ministro empezó a alarmarse seriamente a inicios de 1933 cuando, tras los comicios municipales de diciembre, el BOC obtuvo dos puestos en el concejo de San José, incrementó la circulación de su periódico *Trabajo* (que pasó de una edición mensual a una semanal) e intensificó sus actividades de organización de los trabajadores. La expansión comunista, según el diplomático, podía explicarse porque “los líderes han tomado ventaja de cada oportunidad [que se les presenta] para asistir a los desempleados cuando la solicitud de ayuda fue rechazada por otros partidos políticos y aun por la Iglesia católica y varias misiones protestantes”.⁴⁷

El giro más radical en el discurso del ministro, sin embargo, ocurrió después del choque entre policías y desempleados del 22 de mayo de 1933. El enfrentamiento condujo a que diversos sectores criticaran la administración de Ricardo Jiménez (1932-1936) por tolerar al BOC y no ilegalizarlo. La opinión del diplomático estadounidense, en tal contexto, fue sin duda sorprendente: “el presidente Jiménez no es el único que puede ser culpado por la extensión del comunismo en Costa Rica [...] Los bajos salarios pagados por los grandes productores de café son, de manera manifiesta, igualmente responsables por la expansión de la doctrina ‘roja’ fuera de la capital”.⁴⁸

El antisemitismo de Eberhardt y su apropiación de la versión oficial acerca de la composición étnica del país y el predominio de los pequeños propietarios limitaron su perspectiva sobre la cuestión social, ya que a la luz de tal marco, el descontento siempre se podía explicar, en última instancia, como producto de agentes externos (en este caso, los judíos). El peso de tales condicionantes fue menor en Leo R. Sack, lo que le permitió tener un enfoque más amplio acerca del país: al informar sobre los comicios de febrero de 1934, en los cuales el BOC logró dos escaños en el Congreso, el nuevo ministro destacó que en la prensa abundaban las opiniones a favor de descalificar a los diputados comunistas electos y de aprobar el voto obligatorio.

La opción de conformarse con constatar la inquietud que existía por el éxito electoral de los comunistas no fue, sin embargo, la elegida

⁴⁶ USNADF, 818.00B/32 (30 de marzo de 1932), pp. 1-2.

⁴⁷ USNADF, 818.00B/48 (29 de marzo de 1933), p. 4.

⁴⁸ USNADF, 818 00/1418 (31 de mayo de 1933), p. 4.

por Sack, quien agregó que, aunque esporádicamente, también se expresaba

la opinión de que será una buena cosa para los diputados y municipales capitalistas de Costa Rica tener que codearse con hombres que abiertamente defienden las doctrinas marxistas [] Pensadores políticos de avanzada, como Mario Sancho de Cartago, parecen compartir esta creencia, dando la bienvenida a una fresca influencia en lo que denominan la estéril y anticuada filosofía política, social y económica del país. Declaran vislumbrar también en el gradual avance del Partido Comunista un aviso a la clase de los cafetaleros [...] de que hay otras fuerzas que deben ser tomadas en cuenta y que algún tipo de "New deal" está siendo demandado por el pequeño agricultor, el industrial y los peones agrícolas.⁴⁹

El esfuerzo de la administración de Jiménez por enfrentar la desocupación con un programa de obras públicas, por controlar el precio de los víveres, por fundar la Oficina Técnica del Trabajo para intervenir en los conflictos obrero-patronales y por fijar salarios mínimos (el vigente, según Sack, era de un colón diario, alrededor de 0.22 centavos de dólar) fue considerado insuficiente por el diplomático. El apenas "tibio interés en corregir algunas de las injusticias", evidenciado en medidas como las indicadas, debía ser profundizado:

el futuro del comunismo en Costa Rica, en mi opinión, será absolutamente determinado por la propia política del gobierno hacia las reformas sociales y económicas [..] De hecho, siento que, a menos a que el gobierno encuentre inspiración en las políticas del presidente Roosevelt e intente hacer algo similar por las grandes masas de la población, simplemente estará alentando el día cuando los pobres se levantarán contra los agiotistas⁵⁰

Sack estaba convencido que dada la crisis económica y la aún limitada política social del Estado, el descontento popular era legítimo y debía ser enfrentado por vías legales e institucionales, lo que demostró ser de importancia decisiva en agosto de 1934. El gerente de la United Fruit Company, G. P. Chittenden, procuró convencer al ministro de que, debido a la prolongación de la huelga bananera dirigida por los comunistas, urgía la intervención de Estados Unidos para terminarla.⁵¹ Al rechazar tal propuesta el diplomático procedía acorde, ciertamente,

⁴⁹ USNA DF, 818 00/1447 (26 de febrero de 1934), p. 4

⁵⁰ USNA DF, 818.00B/65 (28 de julio de 1934), pp 4-5.

⁵¹ USNA DF, 818.00B/72 (25 de agosto de 1934), pp 1-4

con la política de “buena vecindad” de la administración Roosevelt;⁵² pero también según su propia visión de cómo se debía tratar la pobreza en Costa Rica.

La persistencia de Sack a favor de enfrentar la cuestión social por vías legales contrastaba con el “ultraizquierdismo” discursivo del BOC, que sistemáticamente denunciaba la farsa de la “democracia burguesa” existente en el país. La izquierda, sin embargo, empezó a modificar su enfoque tras el fracaso electoral de 1936, cuando su expectativa de ampliar el número de sus escaños diputadiles y municipales no se cumplió. El fortalecimiento del nazismo y el fascismo, dos ideologías con las que simpatizaba León Cortés, el nuevo presidente, condujo a los comunistas a considerar la defensa del sistema democrático como uno de sus objetivos principales.⁵³

La estrategia de tipo frente popular fue consolidada por el estallido de la Guerra Civil española, pues facilitó que círculos de intelectuales y trabajadores, a disgusto con el apoyo del gobierno de Cortés al franquismo, se acercaran al BOC. El alza en el caudal de votos a favor de los comunistas, que Hornibrook observó tras los comicios de 1938, fue un efecto de este proceso, el cual supuso a la vez, una valoración nueva del partido y de sus dirigentes.

La dirigencia del BOC, según explicó Hornibrook en marzo de 1939, enfatizaba que no tenía conexiones con Moscú y se esforzaba por convencer a la opinión pública del patriotismo de su partido, el cual procuraba “mejorar las condiciones de vida de las masas mediante el existente marco democrático”. El diplomático destacó, además, que el diputado Manuel Mora, a quien definió como “un orador capaz [que] es escuchado con respeto”, constantemente invocaba a Franklin D. Roosevelt, en tanto modelo de estadista, y afirmaba que su deseo era introducir en Costa Rica las ideas del presidente estadounidense.⁵⁴

La favorable opinión de Hornibrook se mantuvo a pesar de que, tras el ataque de la Unión Soviética a Finlandia, la izquierda se identificó con Moscú y Mora no apoyó un acuerdo del Congreso que condenaba la agresión. El proceder del dirigente comunista se prestó, según el diplomático, para una amplia campaña en su contra, en la que se le

⁵² Sobre la política de buena vecindad véase Fredrick B. Pike, *ADR's Good Neighbor Policy. Sixty years of generally gentle chaos*, Austin, University of Texas Press, 1995, pp. 11-275.

⁵³ Theodore S. Creedman, *El gran cambio de León Cortés a Calderón Guardia*, San José, Editorial Costa Rica, 1996, pp. 72-74, Cerdas, *La hoz y el machete* [n. 21], pp. 307-344, José Merino del Río, *Manuel Mora y la democracia costarricense*, Heredia, EFUNA, 1996, pp. 27-69.

⁵⁴ USNADEF, 818 00B/105 (15 de marzo de 1939), pp. 2-6

calificó de “títere de Stalin”. La decisión del BOC le enajenó el respaldo de varios miles de votantes, por lo que tuvo un elevado costo electoral; sin embargo, el ministro creía aún que esa organización era “principalmente un partido laborista interesado en mejorar la suerte de las clases más bajas en Costa Rica”.⁵⁵

La nueva concepción del BOC se configuró en una época en la que, pese a las dificultades que experimentaba para incrementar la captura de puestos diputadiles y municipales (debido al efecto del voto obligatorio aprobado en 1936), tal partido tenía un apoyo creciente en las urnas, y en los comicios de 1938 y 1940 se convirtió en el principal rival del Republicano Nacional, especialmente en las ciudades. La competencia por el sufragio popular urbano condujo a esta última agrupación a diseñar un programa de reforma social que le permitiría apropiarse de varias de las reivindicaciones básicas de los comunistas y forzaría a éstos a radicalizar su agenda para no perder vigencia política (opción que, a su vez, alejaría a la izquierda del centro).⁵⁶

La iniciativa de este programa le cupo al ala católica del Republicano Nacional, encabezada por el candidato presidencial Rafael Ángel Calderón Guardia. La posición de tal círculo se fortaleció durante la Guerra Civil española, cuando sus dirigentes y las altas autoridades eclesiásticas coincidieron en apoyar a Franco. El impacto institucional de ese acercamiento pronto fue visible: a partir de 1940, en tanto el Poder Ejecutivo promovía derogar la legislación anticlerical aprobada a finales del siglo XIX (medidas contra la educación religiosa y las órdenes monásticas), Víctor Manuel Sanabria, el nuevo arzobispo de San José, se pronunciaba a favor del programa social del gobierno.⁵⁷

El cortesismo apoyó el ascenso a la presidencia de Calderón Guardia en 1940 con la condición de que el calderonismo respaldara a León Cortés en 1944. El pacto, sin embargo, se desgastó velozmente y, en 1941, los cortesistas dejaron el partido y empezaron a estructurar una organización independiente, al tiempo que atacaban, cada vez con más violencia, al gobierno.⁵⁸ La división del Republicano Nacional abrió

⁵⁵ USNADF, 818.00/1593 (16 de febrero de 1940), pp. 4-5.

⁵⁶ Iván Molina Jiménez, “El desempeño electoral del Partido Comunista costarricense (1931-1948)”, *Revista Parlamentaria* (San José), vol. 7, núm. 1 (abril de 1999), pp. 491-521.

⁵⁷ Ríos, *Costa Rica y la Guerra Civil española* [n. 37], pp. 77-93; Gustavo Adolfo Soto, *La Iglesia costarricense y la cuestión social: antecedentes, análisis y proyecciones de la reforma social costarricense de 1940-1943*, San José, Universidad Estatal a Distancia, 1985, pp. 89-347; Creedman, *El gran cambio* [n. 53], pp. 100-102 y 111-116.

⁵⁸ Lehoucq, “The origins” [n. 4], pp. 164-167; Creedman, *El gran cambio* [n. 53], pp. 95-96 y 162-164.

un espacio para que la izquierda empezara a acercarse al Poder Ejecutivo, proceso que culminó en una alianza que se forjó entre 1942 y 1943. El BOC fue disuelto en este último año y, en su lugar, se fundó Vanguardia Popular, una agrupación no comunista en la que podían militar los católicos, según lo expresó públicamente el arzobispo.

Fueron diversas las razones que condujeron al Republicano Nacional y a Vanguardia Popular a competir como Bloque de la Victoria en la elección presidencial de 1944. Los calderonistas, inciertos sobre el costo en las urnas del conflicto con los cortesistas, procuraron agenciarse el apoyo de un partido pequeño, pero organizado y disciplinado. Los comunistas, a su vez, prefirieron sumarse a las reformas ya en curso (Caja Costarricense del Seguro Social, Código de Trabajo, Garantías Sociales), opción que les permitía consolidar su estrategia centrista. La coalición encontró una fuerte base ideológica en la lucha contra el nazismo emprendida por Estados Unidos y la Unión Soviética, pero este soporte desapareció tras el inicio de la Guerra Fría.

La polarización creciente se agravó tras el triunfo del candidato del Bloque de la Victoria, Teodoro Picado (1944-1948). La actitud conciliatoria de este último fue insuficiente para detener el proceso de deterioro, que se agudizó después de la súbita muerte de León Cortés en 1946. El vacío político que dejó su fallecimiento fortaleció a los sectores de línea dura de la oposición, en especial a los identificados con Otilio Ulate, quien fue escogido como candidato presidencial para enfrentar a Calderón Guardia en febrero de 1948, y con José Figueres, dirigente de la guerra civil que estalló en marzo de ese año.

El figuerismo, que agrupaba a los jóvenes profesionales e intelectuales del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (1940) y a los empresarios del Partido Acción Demócrata (1944), tenía escaso apoyo electoral, por lo cual su única opción para alcanzar el poder era a partir de una ruptura constitucional. El primero de marzo de 1948 la anulación de la victoria electoral de Ulate —por parte de un Congreso dominado por calderonistas y comunistas— proporcionó la excusa para empezar una guerra civil que, tras la desarticulación del Republicano Nacional y de Vanguardia Popular, colocó a Figueres a la cabeza de una junta que durante 18 meses gobernó al país sin Congreso.⁵⁹

El ministro Arthur Bliss Blane (1941-1942), sustituto de Homíbrook, fue testigo de la fase inicial del proceso que condujo a la alianza entre el

⁵⁹ Fabrice Lehoucq e Iván Molina, *Stuffing the ballot box: fraud, electoral reform and democracy in Costa Rica*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, pp. 156-227.

Republicano Nacional y el BOC. El acercamiento entre tales fuerzas políticas se destaca en un informe de enero de 1942, en el cual el diplomático resaltó la figura de Manuel Mora:

es aún un hombre joven [..] y es considerado uno de los principales oradores de este país. Quienes lo conocen dicen que su comportamiento es inatacable [..] actúa ante todo en defensa de los intereses del hombre común. Aparentemente goza de la confianza del presidente Calderón [..] y su influencia es creciente.⁶⁰

Robert M. Scotten (1942-1943), el sucesor de Blane, pronto empezó a considerar el potencial de la izquierda para ampliar y consolidar el apoyo de los sectores medios urbanos. Lo único que, en su opinión, podía limitar la expansión del BOC era su tendencia pro soviética:

hay numerosos individuos en posiciones influyentes que dan al Partido Comunista el beneficio de su consejo y apoyo limitado simplemente porque es el único partido de naturaleza socialista en el país [..] Si el tinte rojo del partido se desvaneciera en un rosado brillante y la conexión con la Rusia soviética y la Internacional fuera menos enfatizada, la mayoría de ellos se volverían activos trabajadores en él. Por supuesto, no hay probabilidad de que una transformación tal se verifique.⁶¹

El escepticismo de Scotten y su énfasis en el “tinte” rojo del BOC evidencian una posición anticomunista de línea dura, manifiesta, además, en su presunción de que tal organización tenía un fuerte vínculo con Moscú y en la definición de Manuel Mora como un “instrumento de Stalin”. El desagrado con que este ministro observó la alianza de la administración Calderón Guardia con la izquierda, y la desconfianza y escasa simpatía con que acogió el programa social del gobierno,⁶² supusieron una ruptura con el enfoque de sus predecesores y, en particular, con el de Sack, quien en la década de 1930 criticó al presidente Jiménez por no profundizar sus políticas para enfrentar los efectos de la crisis económica.

La conflictiva gestión de Scotten culminó con su traslado a Ecuador, en tanto que la legación era convertida en embajada. El nuevo titular, Fay A. des Portes (1943-1944), se caracterizó por un desempeño más conciliatorio con el gobierno. El esfuerzo por evaluar a la

⁶⁰ USNADF, 818 00B/120 (30 de enero de 1942), p. 2

⁶¹ USNADF, 818 00B 123 (23 de julio de 1942), p. 2

⁶² Schifter, *Costa Rica 1948* [n. 4], pp. 102-114, del mismo, *Las alianzas conflictivas* [n. 4], pp. 168-183, Longley, *The sparrow* [n. 4], p. 37

izquierda local con base en una perspectiva más abierta es visible en su informe de mayo de 1944, tras el ascenso de Teodoro Picado a la presidencia:

acerca del programa mismo [el del Bloque de la Victoria, es decir, el acordado entre el Republicano Nacional y Vanguardia Popular], llama la atención la poca discusión seria que ha habido y la mayoría de las críticas sigue la línea de que “el país ha sido entregado a los comunistas” A la luz de este marco intelectual por parte de la oposición, es interesante notar que el programa no es decididamente radical, ya que está compuesto en su mayor parte por una combinación de liberalismo decimonónico y el tipo de legislación social que caracterizó la década de 1930 en Estados Unidos.⁶³

La búsqueda de información confiable sobre la izquierda condujo a Hallett C. Johnson (1944-1947), sustituto de Des Portes, a consultar a F. Trowbridge von Baur, un abogado conservador asociado con el Institute of Inter-American Affairs, quien le dijo al embajador: “el Partido Vanguardia Popular no defiende ninguno de los principios comunistas clásicos [...] Por el contrario, los principios que defiende parecen adaptarse fuertemente a los de la Constitución de Estados Unidos [...] Esos principios son diametralmente opuestos a los principios ortodoxos del comunismo”.⁶⁴

La evaluación final de Johnson fue que, aunque desconocía las conexiones de Vanguardia Popular con la Unión Soviética, creía que no se la podía considerar una organización comunista. La simpatía con la izquierda era evidente todavía en mayo de 1946, cuando definió a Vanguardia Popular como un “partido ex comunista”, enfatizó que aunque sus vínculos con Moscú eran difíciles de verificar parecían “algo tenues” y que su programa “podría ser definido en la mayor parte de los países como meramente [...] progresista”.⁶⁵ Entre octubre del año indicado y enero de 1947 el embajador volvió a intervenir a favor de la organización encabezada por Mora, al descalificar un informe de inteligencia que insistía en que un sector de sus miembros se identificaban con el comunismo pro soviético y que, por tanto, suponía un peligro para el sistema liberal de Costa Rica y los intereses de Estados Unidos. La crítica del diplomático condujo a que el Departamento de Estado considerara el reporte como “alarmista”.⁶⁶

⁶³ USNA DF, 818 00/2050 (16 de mayo de 1944), p. 2

⁶⁴ USNA DF, 818.00/4-2645 (26 de abril de 1946), p. 1

USNA DF, 818 00/5-2246 (22 de mayo de 1946), p. 1

⁶⁶ Schifter, *Costa Rica 1948* [n. 4], pp. 130-131; del mismo, *Las alianzas conflictivas* [n. 4], pp. 210-212, 1 ongley, *The sparrow* [n. 4], p. 51

La descalificación precedente fue la culminación de un proceso más amplio, cuyo origen se ubica a inicios de la década de 1940, cuando el FBI abrió una base de operaciones en San José. El personal de esta agencia, acorde con el anticomunismo que dominaba la gestión de su director, J. Edgar Hoover, empezó a preocuparse crecientemente por la alianza de los gobiernos de Calderón Guardia y Picado con Vanguardia Popular y por denunciar a tal partido por ser comunista, pro soviético y representar una amenaza potencial para Estados Unidos por la posición geográfica de Costa Rica, cercana al Canal de Panamá y a las rutas comerciales del Caribe.⁶⁷

La polarización de la política costarricense ocurrió, por tanto, en la misma época en que se producía una división en el personal de la embajada, evidente en el contraste entre el anticomunismo de línea dura de funcionarios vinculados con el FBI primero y la CIA después (o identificados con la perspectiva de tales agencias), y las posiciones más abiertas y tolerantes de diplomáticos como Des Portes y Johnson. La derrota de los moderados se patentizó en la sustitución de este último por Walter J. Donnelly (abril-octubre 1947), tras cuyo breve periodo fue designado Nathaniel P. Davies (1947-1949).

La amistad de Donnelly con Calderón Guardia, otra vez candidato presidencial para los comicios de febrero de 1948, lo convirtió en blanco de los ataques de la oposición pese a que, tras unos disturbios ocurridos el 28 de julio de 1947, el apoyo de sectores de la embajada y del Departamento de Estado al gobierno de Picado tendió a desaparecer, dada la participación en ese evento de autoridades y miembros de Vanguardia Popular. El nuevo embajador, sin embargo, no simpatizaba con Otilio Ulate y todavía creía que el comunismo no era un peligro inminente,⁶⁸ opinión similar a la expresada por la CIA en un informe de noviembre de 1947, en el que se aseveraba —en una vuelta parcial al discurso de la década de 1930— que aunque el gobierno de Costa Rica era el único en América Latina que cooperaba públicamente con los comunistas, el potencial de expansión de la izquierda en el país era limitado.⁶⁹

Nathaniel P. Davies era un individuo cuya carrera diplomática supuso el desempeño de funciones en Pernambuco (1926-1929), Manila

⁶⁷ Longley, *The sparrow* [n. 4], pp. 37-39, 44-52 y 60-62; Schifter, *Costa Rica 1948* [n. 4], pp. 130-149 y 186-190; del mismo, *Las alianzas conflictivas* [n. 4], pp. 208-229 y 253-259.

⁶⁸ Schifter, *Costa Rica 1948* [n. 4], p. 141; del mismo, *Las alianzas conflictivas* [n. 4], p. 223.

⁶⁹ Longley, *The sparrow* [n. 4], p. 60.

(1946-1947) y Moscú (1947), y al que se tenía por especialista en comunismo, por lo que, tras su gestión en Costa Rica, fue trasladado a Hungría (1949-1951).⁷⁰ La designación de Davis, explicable por el tópico en que era experto, quizá obedeció también al interés de Washington por tener al frente de la sede a una persona bastante ajena a la polarizada política costarricense. La difícil adaptación del embajador a

un contexto tan complejo es evidente en la posterior definición de su comportamiento como de línea dura, autoritario e impulsivo.⁷¹

El perfil anterior, sin embargo, difícilmente se ajusta al diplomático que, en su informe del 22 abril de 1948, expresó una opinión todavía bastante favorable a Manuel Mora y a Vanguardia Popular.⁷² El dirigente comunista, a su vez, parece que tan poco consideró que con la designación del nuevo embajador desaparecía toda opción de diálogo con el personal de la sede: en efecto, en una entrevista con Andrew E. Donovan, que se verificó alrededor del 19 de marzo, insistió en que los intereses de su partido eran los "de las clases trabajadoras" y que "las leyes sociales[...] eran más suaves que las de Estados Unidos y de otros países".⁷³

La conversación con Donovan terminó con una sorpresiva y desesperada declaración de Mora, cuyo contenido quizá le ganó tanto la duda como la simpatía con que lo describió Davis en su informe del 22 de abril de 1948

Mora dijo que cuando era un estudiante de alrededor de 18 años él se había vuelto comunista y había fundado el Partido Comunista en Costa Rica. Dijo que siempre lamentaba que con el entusiasmo de la juventud, él no había tenido la suficiente claridad para seguir un curso más moderado y más esencialmente costarricense [...] Sus observaciones generales en relación con esto fueron más bien atribuir sus así llamados días comunistas a excesos de juventud, pero no explicó el cambio que, según afirma, se verificó con la fundación de Vanguardia Popular.⁷⁴

⁷⁰ Longley, *The sparrow* [n. 4], p. 66; Schifter, *Costa Rica 1948* [n. 4], p. 144; del mismo, *Las alianzas conflictivas* [n. 4], p. 253.

⁷¹ Schifter, *Costa Rica 1948* [n. 4], pp. 144-145; del mismo. *Las alianzas conflictivas* [n. 4], pp. 253-254.

⁷² USNADEF [n. 1].

⁷³ USNADEF, 818.00/3-1948 (19 de marzo de 1948), p. 6.

⁷⁴ *Ibid*, p.6.

Conclusión

LA concepción de Costa Rica como un país “blanco” y compuesto por pequeños propietarios agrícolas influyó, decisivamente, en dos de los discursos que el personal diplomático estadounidense elaboró sobre el peligro que suponía el comunismo. La vinculación entre polacos y el crecimiento de la izquierda fue favorecida porque el flujo de inmigrantes se elevó en la misma época en que un partido de este tipo fue fundado y empezó a organizar sus primeras actividades. El énfasis puesto en hacer creer que los propagandistas de tal ideología tenían que ser foráneos se confirmaba por la creencia de que la estructura social costarricense era —por definición— sana y opuesta —por naturaleza— a toda expansión bolchevique.

El peso de los prejuicios étnicos y sociales, sin embargo, no impidió que, en las décadas de 1930 y 1940, prevaleciera en la sede diplomática de Estados Unidos en San José un discurso que insistía en que la cuestión social debía ser enfrentada por vías legales e institucionales.⁵ La propia experiencia de ese país, en la década de 1930, favorecía que se acentuara tal opción: “New deal” para combatir la pobreza y “buena vecindad” en los vínculos entre Washington y América Latina. En el caso de Costa Rica, el efecto combinado de estas dos políticas demostró ser especialmente decisivo en 1934, cuando Sack rechazó el plan del gerente de la United Fruit Company a favor de una intervención estadounidense que acabase con la huelga bananera.

El predominio de ministros y embajadores comprometidos con el discurso indicado, cuyo margen de maniobra a nivel local era bastante amplio antes de que la Guerra Fría se intensificara,⁷⁶ coincidió con el giro social que, en el contexto de la crisis de 1930 y gracias a que la izquierda era legal, adquirió la dinámica electoral. La evidencia actualmente disponible impide determinar en qué grado la posición del personal diplomático influyó en la configuración y el ascenso de círculos de políticos e intelectuales costarricenses socialmente reformistas; pero sí es claro que los funcionarios de la sede diplomática, con la única excepción de Scotten, no debatieron tal tendencia ni se esforzaron por descalificarla bajo el simple epíteto de “comunista”.

El papel favorable a la reforma que desempeñaron tales funcionarios fue posible ante todo porque, a diferencia del caso guatemalteco, la fase principal del cambio social por vías institucionales en Costa

⁷ Leonard apenas se aproximó a este punto esencial. ‘Costa Rica: the U.S. perception’ (n. 4), p. 309

⁷⁶ Longley, *The sparrow* (n. 4), pp. 160-161

Rica se adelantó al inicio de la Guerra Fría y no supuso modificar la distribución de la tierra ni desafiar una estructura de poder profundamente autoritaria y violenta. El intento de transformar a Guatemala (finalmente fallido), emprendido por los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz,⁷⁷ facilita comprender por qué el proceso costarricense, más moderado y limitado y cronológicamente localizado en un oportuno momento geopolítico, tuvo más posibilidades de éxito.

⁷⁷ Piero Gleijeses, *Shattered hope: the Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton, Princeton University Press, 1991